

Interpretación de la madurez y la inmadurez en *Ferdydurke* y *La seducción* de Witold

Gombrowicz a partir de la Psicología Analítica

Camilo Andrés Cadena Durán

Trabajo de Grado para Optar al Título de Filósofo

Director

Javier Augusto Jaimes Delgado

Magister en Filosofía

Universidad Industrial de Santander

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Filosofía Bucaramanga

2024

Dedicatoria

Dedicado a la memoria de Adelaida, a mi porvenir y al de los míos.

Agradecimientos

Agradezco a mi familia y a los innumerables sacrificios que hizo para que yo llegara hasta aquí.

Tabla de Contenido

	Pág.
Introducción	7
1. Madurez e inmadurez: el conflicto al que se enfrenta Witold Gombrowicz	9
1.1 Filosofía y literatura	9
1.2 <i>Ferdydurke</i> y <i>La seducción</i>	11
1.3 Forma o persona	14
1.4 Madurez e inmadurez	17
1.5 El conflicto y su solución	21
1.6 La vigencia de Gombrowicz	26
2. Ideas centrales de la Psicología Analítica	29
2.1 Yo y sí-mismo	30
2.2 Persona	31
2.3 Sombra	33
2.4 Identificación con la persona	35
2.5 ¿Cómo reconocer la sombra?	37
2.6 Proceso de individuación	39
3. Interpretación junguiana de la madurez y la inmadurez	41
4. Conclusiones	49
Referencias Bibliográficas	50

Resumen

Título: Interpretación de la madurez y la inmadurez en *Ferdydurke* y *La seducción* de Witold Gombrowicz a partir de la Psicología Analítica*

Autor: Camilo Andrés Cadena Durán

Palabras Clave: Madurez, inmadurez, persona, sombra, proceso de individuación.

Descripción:

El presente trabajo tiene como objetivo hacer una interpretación desde la Psicología Analítica de Carl Gustav Jung sobre la problemática entre la *madurez* y la *inmadurez* propuesta por Witold Gombrowicz en dos de sus novelas más conocidas: *Ferdydurke* y *La seducción*. Esta es: ¿es posible para el adulto que ha madurado reconciliarse con su propia inmadurez? Se argumenta que dicha interpretación junguiana permite comprender este conflicto y su solución como el inicio del *proceso de individuación*. Además, se da cuenta de lo sólidamente fundada que se encuentra la literatura del escritor, así como de las notorias afinidades que hay entre estos dos pensadores.

* Trabajo de Grado

Abstract

Title: Interpretation of Witold Gombrowicz's maturity and immaturity in *Ferdydurke* and *Pornografia* from an Analytical Psychology approach*

Author(s): Camilo Andrés Cadena Durán

Key Words: Maturity, immaturity, persona, shadow, process of individuation

Description:

The aim of this work is to offer an interpretation from the perspective of Carl Gustav Jung's Analytical Psychology regarding the issue of maturity and immaturity as proposed by Witold Gombrowicz in two of his most well-known novels: *Ferdydurke** and *Pornografia*. The central question is: Is it possible for a mature adult to reconcile with their own immaturity? It is argued that a Jungian interpretation allows us to understand this conflict and its resolution as the beginning of the *individuation process*. Furthermore, it highlights the solid foundation of the writer's literature, as well as the notable affinities between these two thinkers.

* Degree Work

Introducción

La relación entre la *madurez* y la *inmadurez*, tal y como la presenta Gombrowicz en su obra literaria, parece ser una lucha irreconciliable entre dos contrarios. Por un lado, la *madurez* se refiere a todas aquellas maneras de ser impuestas por la sociedad que el individuo adopta cuando ingresa al mundo de los adultos. Por otro lado, la *inmadurez* se refiere a todas aquellas tendencias connaturales al individuo que son rechazadas por la sociedad. En tal caso surge la siguiente cuestión: ¿es posible para el adulto que ya ha madurado reconciliarse con su propia *inmadurez*? La presente investigación se centra en responder dicha pregunta a la luz del autor, al mismo que se muestran algunos errores sobre este tema por parte de algunos especialistas.

Tras de ello, se exponen las ideas centrales de la Psicología Analítica que será útiles para, finalmente, realizar por primera vez una interpretación de la *madurez* y la *inmadurez* desde la propuesta junguiana. Todo lo cual permite mostrar que la reconciliación entre estos conceptos es lo que Jung denomina el primer paso del *proceso de individuación*.

Para tal propósito, en el primer capítulo, se presenta la interpretación que el autor polaco tiene del papel de la literatura y su relación con la filosofía, así como el resumen de *Ferdydurke* y *La seducción*. Posteriormente, se abordan los conceptos de *forma*, *madurez* e *inmadurez* y, del mismo modo, se aclaran algunos errores en las lecturas de estos conceptos por parte de ciertos especialistas. Luego de esto, se da a conocer la problemática entre la *madurez* y la *inmadurez*, así como la solución que el escritor polaco da a ello. Al final de esta primera sección, se muestra la relevancia actual que tiene el pensamiento del polaco, cuyo análisis permite enfrentar problemas actuales tales como el *adultocentrismo*.

Por otro lado, en el segundo capítulo se exponen algunas ideas relevantes de la Psicología Analítica tales como la *persona* y la *sombra*, así como los peligros de la identificación con la *persona* y cómo es posible salir de este estado. Finalmente, se muestra que la reconciliación entre la *persona* y la *sombra* es primer paso de lo que Jung denomina el *proceso de individuación*.

Por último, se interpretan los conceptos de *madurez* e *inmadurez* de Gombrowicz como los conceptos de *persona* y *sombra* del psiquiatra suizo. Todo ello con el fin de mostrar que la reconciliación entre la *madurez* y la *inmadurez* no es otra cosa sino el inicio del *proceso de individuación*.

Como conclusión se ofrecen algunas reflexiones derivadas de lo abordado en el trabajo, en donde se destaca la vigencia y relevancia del pensamiento de Gombrowicz, así como lo pertinente que es relacionar en los tiempos actuales sus propuestas con las de Jung para así comprender mejor algunos problemas reinantes, tales como el *adultocentrismo*, y ofrecer soluciones más completas.

1. Madurez e inmadurez: el conflicto al que se enfrenta Witold Gombrowicz

1.1 Filosofía y literatura

“No, no soy filósofo ni teórico, no; yo de vosotros hablo,
me refiero a vuestra vida, comprended,
a mí me duele sólo vuestra situación personal.”

(Gombrowicz, 1983, p. 75)

A lo largo de su vida, Gombrowicz tuvo un notable interés por la filosofía, un tema que destaca de inmediato en sus obras, repletas de referencias a filósofos de renombre, así como también de problemáticas que corte filosófico: “¿Cómo es posible nuestro saber sobre el mundo? ¿Cuál es la relación entre conciencia y existencia? ¿En qué medida la conciencia está formada por la sociedad? ¿Cuáles son los márgenes de libertad del sujeto?” (Cardozo, 2016, p. 76). Pues bien, para comprender el pensamiento de este fascinante escritor es necesario prestar atención a la idea que tiene tanto de la filosofía como de la literatura y las consecuencias que ello implica.

En primer lugar, el polaco afirma que los conceptos, cualesquiera que sean, son representaciones arbitrarias insuficientes para captar la realidad en su totalidad: “La realidad no se deja encerrar totalmente en la Forma. No hay pensamiento ni forma que pueda abarcar la existencia entera” (Gombrowicz, 1983, pp. 9-10). Lo anterior tiene como consecuencia que, sin importar el esfuerzo de los pensadores, “ningún sistema filosófico dura mucho tiempo” (Gombrowicz, 1995, p. 53), pues los fundamentos de dichos sistemas (los conceptos) son imperfectos, es decir, siempre susceptibles a la crítica y al remplazo por otros más adecuados. Las mencionadas limitaciones no implican el fin de esta disciplina, ya que la “filosofía es algo obligatorio” (Gombrowicz, 1995, p.

33); antes bien, le permiten a Gombrowicz postular lo que para él es su verdadero valor: “la filosofía tiene para mí EL VALOR SUPREMO DE ORGANIZAR EL MUNDO EN UNA VISIÓN.” (Gombrowicz, 1995, p. 53).

Por otra parte, frente al malestar que pueden causar lo mencionado atrás, la literatura se ofrece como una alternativa para continuar la discusión de las problemáticas propias de la filosofía desde otros terrenos: “El papel del literato no consiste, pues, en solucionar los problemas sino en plantearlos para que se concentre sobre ellos la atención general, e introducirlos entre los hombres... allí de algún modo quedarán resueltos.” (Gombrowicz, 1968b, p. 52). Es claro que este tipo de expresión artística es, en cierto sentido, inferior a la filosofía, pues la cosmovisión del autor no puede presentarse con la misma rigurosidad que en ésta. Pero, por otra parte, en palabras de Sábato, la literatura tiene la virtud de ser “una visión total de la realidad, en parte conceptual y en parte intuitiva, parcialmente intelectual y en sumo grado emocional y mágica.” (Gombrowicz, 1983, p. 8).

Como consecuencia de ello, Gombrowicz elabora una literatura rica en discusiones filosóficas, pero vaga en la definición de los conceptos que utiliza (Jastrzębski, 1971, p. 69). Por tal motivo, la finalidad de este capítulo es brindar una síntesis de los principales conceptos usados por el escritor de la manera más clara posible, teniendo en cuenta las limitaciones propias de su producción literaria. Para tal propósito se presenta primeramente una breve síntesis de *Ferdydurke* seguida del resumen de *La seducción*, que servirá como introducción al abordaje conceptual.

1.2 Ferdydurke y La seducción

Ferdydurke narra la divertida historia de Pepe, un hombre de treinta años que se siente afligido pues, contra sus deseos de indefinición, de mantener la alegre vida de los jóvenes, su entorno le exige que debe comportarse como un hombre maduro:

(...) el desarrollo se había cumplido, había llegado el momento del asesinato ineludible, el hombre debía matar al mozalbete, elevarse en los aires como mariposa, dejando el cadáver de la crisálida. Debía, pues, entrar en círculos adultos. (Gombrowicz, 1983, p. 17)

Con el fin de explicar su caso y ganarse los favores de los adultos, intenta escribir en la habitación de su casa una novela. Tras debatirse sobre el estilo con el que debería hacerlo, deduce lo siguiente:

Y entonces me iluminó de repente este pensamiento sencillo y santo: que yo no tenía que ser ni maduro ni inmaduro, sino así como soy, que debía manifestarme y expresarme en mi forma propia y soberanamente soberana, sin tomar en cuenta nada que no fuese mi realidad interna. (Gombrowicz, 1983, p. 22)

Este pensamiento, tan emotivo como ilusorio, pronto llegaría a su fin; pues, al pronunciar las últimas palabras aparece Pimko, maestro de la escuela y desencadenante de los padecimientos de Pepe. El profesor, al notar que éste no tiene la madurez suficiente, lo lleva a la escuela para terminarlo de formar: idea absurda y, sin embargo, imposible de evitar para el protagonista. Por

eso, podemos definir *Ferdydurke* de la siguiente manera: es “la grotesca historia de un señor que se vuelve un niño porque los demás lo tratan como tal.” (Gombrowicz, 1968a, p. 11). Fin.

Por otra parte, *La seducción* cuenta la historia de Witold Gombrowicz (narrador-protagonista) y Fryderyk: dos hombres maduros que visitan a un amigo en común en medio del campo polaco. El ambiente en el que se mueven es tenso, ya que se encuentran en plena Segunda Guerra Mundial y Polonia sufre la invasión de los alemanes. Pero, a pesar de ello, estos y los demás asuntos serios pierden poco a poco su importancia cuando conocen a Henia y a Karol: dos adolescentes que provocan sin saberlo un “recíproco deseo y embeleso” (Gombrowicz, 1968a, p.43), algo que los visitantes no pueden dejar de admirar. Como es natural en la época, Henia – hija de Hipolit– está comprometida con un abogado cercano a la familia –Warclaw –; mientras Karol –trabajador de la hacienda– se divierte haciendo bromas pesadas a las víctimas que encuentra. Nadie más que Witold y Fryderyk prestan atención a los auspicios de amor que brotan entre los jóvenes.

Luego de unas pocas interacciones entre los adultos y los jóvenes se produce un doble encantamiento: por un lado, los visitantes, enamorados de la juventud de los muchachos, consideran que Warclaw es muy viejo para Henia y conspiran para unirla a Karol. Por otra, los muchachos, fascinados por la madurez de los adultos, se prestan para llevar a cabo este juego de excitaciones mutuas. Para tal fin, fabrican una escena en la que se insinúa una relación romántica entre los jóvenes: “Cuando fueran amantes para Warclaw, serían amantes para sí mismos. Y para nosotros, los demasiado viejos, era ésa la única posibilidad de aproximación erótica.” (Gombrowicz, 1968a, p. 154)

Warclaw cae en la trampa. La sospecha de la infidelidad provoca una terrible inestabilidad en el mundo del abogado y sus maduros principios. A modo de defensa, menosprecia las aspiraciones inmaduras de los jóvenes y erige su madurez como un bastión encargado de reestablecer el orden:

¡El becerro aquél, que aparentaba defender la moralidad y cargaba sobre ellos con todo su peso! Me cargaba también a mí. Imponía aquella moralidad suya, sin más razón que la de que era “la suya” - más pesada, más vieja, más desarrollada... la moralidad de un hombre. ¡La imponía por la fuerza! (Gombrowicz, 1968a, p.177)

No obstante, y a pesar de la iniciativa del abogado, la cimiento de la traición está sembrada. Por otro lado, es en este punto que se aclara el motivo de la visita de Witold y Fryderyk: Hipolit fue encargado de asesinar a un líder revolucionario en quien se había perdido la confianza y se requería de la ayuda de ellos para llevar a cabo el plan. Tras una larga discusión acerca de quién se encargaría de la misión, los adultos de la hacienda deciden que todo debe quedar en manos de los muchachos, pues estos no tienen aún el peso de la moral que atormentaría a aquellos. En secreto, los visitantes se sienten dichosos porque ven en este asesinato la oportunidad que buscan para unir a Henia con Karol y a sí mismos con la juventud. Sin embargo, Warclaw, humillado por saber que su rival es el responsable de dar la estocada final, a espaldas de los demás decide asesinar al líder y luego tomar su lugar para que los muchachos, frívolos, lo asesinen a él mismo. Fin.

1.3 Forma o persona

Ahora bien, una vez presentado el resumen de estas dos novelas, es tiempo de pasar al análisis conceptual. Es conocido que, desde la publicación de las *Memorias del Período de la Inmadurez*, como lo menciona Fernández-Cubas, toda la literatura de Gombrowicz gira en torno a ciertos tópicos bien definidos, entre los cuales se encuentra la *forma* (Gombrowicz, 1995, p. 12). Este concepto evolucionó a lo largo de los años. En sus inicios, el escritor usó esta idea para referirse a las formas lingüísticas y como un sinónimo del estilo; más tarde amplió su significado a las actitudes psico-sociales (Grzegorzcyk, 1996, pp. 21-22). Por su parte, Gombrowicz sólo brindó una definición de este concepto en uno de sus últimos textos del francés que recopila Jastrzębski: “J’entends par ‘forme’ toutes nos façons de nous manifester, comme la parole, les idées, les gestes, les décisions, actes etc.”** (Gombrowicz, 1971, como se citó en Jastrzębski, 1971). Sin embargo, los críticos coinciden en que esta definición no recoge toda la gama de sentidos a las que hace referencia la *forma* en las obras de Gombrowicz, entre los cuales hay que agregar también la herencia cultural, la identidad nacional y los conceptos filosóficos (Pratt, 2015, p. 13).

Ahora bien, con el propósito de acotar esta investigación se hará referencia sólo a dos de los sentidos a los que se refiere la *forma*, a saber: en tanto que actitudes psico-sociales y en tanto que estilo. A continuación, se aclara qué se entiende por dichas actitudes.

** Traducción propia: “Entiendo por ‘forma’ toda manera de manifestarnos, como el discurso, las ideas, los gestos, las decisiones, los actos, etc.”

Por otro lado, aunque no sean exactamente lo mismo, el autor polaco usa en varias ocasiones los términos *persona* y *madurez* para aludir al sentido psico-social de la *forma*. En esta parte del texto se tratará el primero de ellos; más tarde, en el siguiente acápite se estudiará la *madurez*.

La *persona* es entendida, por un lado, como la manera en que se exterioriza el individuo y, por otro, como una necesidad social que le permite a este vivir en comunidad:

El ser humano no se exterioriza de modo inmediato y concordante con su naturaleza, sino siempre en una definida forma; y esta forma, aquel estilo, modo de ser, modo de hablar y reaccionar, no proviene sólo de él sino que le es impuesto desde el exterior. (Gombrowicz, 1983, p. 79)

Tal como lo menciona Sábato en el prólogo a *Ferdydurke*, la consecuencia de ello es que la *persona* sea la máscara que la sociedad obliga a sus miembros a usar y detrás de la cual se esconde la verdadera naturaleza de estos (Sábato, 1983, p. 18). Dicha máscara –que tiene como imperativo gustar a los demás (Gombrowicz, 1983, pp. 138-139)–, lejos de ser un instrumento útil para la relación entre los individuos, es más bien un medio de sometimiento y frustración:

Pero quizás habría que subrayar, más bien, que el primordial y fundamental sufrimiento no es otra cosa sino el dolor nacido de la limitación del hombre por el hombre; es decir, del hecho de que nos ahogamos y estrangulamos en la estrecha y rígida concepción que de nosotros tienen las demás personas. (Gombrowicz, 1983, p. 180)

Además, es preciso destacar que ni siquiera en la soledad es posible quitarse la máscara, pues en ella hay incluso “una espiritual y dolorosa vinculación con otra persona detrás de la pared” (Gombrowicz, 1983, p. 116). De este modo se hace inalcanzable la idea de expresar en algún momento la verdadera naturaleza del individuo:

Esta forma falsa y artificial no solo es impuesta por el otro y por la cultura, sino que las posibilidades de “recobrar” por sí mismo algo así como una “forma auténtica” no existen. La forma del sujeto depende siempre de algo que es exterior a él. (Cardozo, 2016, pp. 90-91)

Por otra parte, para comprender lo que el autor entiende por *forma* en tanto que estilo, es necesario remitirse a *Ferdydurke*, obra en que plantea la idea que “el arte consiste en el perfeccionamiento de la forma.” (Gombrowicz, 1983, p. 79). Tal interpretación es a lo sumo interesante, pues le permite establecer una relación directa entre las obras de arte y la *persona*. El razonamiento se puede resumir así: si se asume como premisa que el arte es el perfeccionamiento de la *forma* y, a su vez, que la forma se refiere tanto al estilo como a la *persona*; entonces necesariamente el arte será el perfeccionamiento del estilo y de la persona.

De esta manera, la literatura de Gombrowicz vincula al arte con la vida cotidiana, al mismo tiempo que muestra que aquél no se refiere tan sólo a la elaboración de obras artísticas sino a cualquier tipo de expresión humana:

¿No será así que la humanidad crea arte no sólo sobre el papel y la tela, sino en cada momento de la vida cotidiana? Cuando la doncella se pone una rosa, cuando en una charla amena se nos escapa un chiste jocosos, cuando alguien se confía al crepúsculo, todo eso no es otra cosa sino arte. (Gombrowicz, 1983, p. 76)

A su vez, esta idea del arte deja abierta la posibilidad de que los individuos puedan modificar su *persona* de tal modo que concuerde mejor con la naturaleza de cada uno. Más adelante se hará referencia a dicha posibilidad, que será importante para el asunto tratado en este trabajo. Por el momento se presentan a continuación dos conceptos más, con los que se hace posible comprender la problemática a la que se enfrentan las obras de Gombrowicz.

1.4 Madurez e inmadurez

Tras el estudio del concepto de la *persona*, ahora se aclarará qué entiende el autor polaco por la *madurez* y, su contraparte, la *inmadurez*. Luego de ello se mostrará cuál es la relación entre la *persona* y estos dos conceptos más.

Para el escritor polaco, la *madurez* se refiere a la disposición frente a la vida que tienen los adultos, cuyo ideal está regido por la seriedad: “La seriedad como supremo e inescusable postulado de ser adulto – ninguna indulgencia – nada que pudiera por un instante relajar la tensión de la mirada que buscaba tenazmente el meollo...” (Gombrowicz, 1968a, p.135). Esta ineludible etapa de la vida se caracteriza por un alto desarrollo personal, marcado por la acumulación gradual de experiencias y más refinados valores (Just, 2020, p. 24). También, es preciso agregar que Gombrowicz considera que “con el transcurrir de los años aumenta el peso y la importancia de la persona en la sociedad” (Gombrowicz, 1968b, p. 50).

A pesar de lo anterior, el cuestionable avance en términos personales, morales y sociales no deja más que fatales pérdidas: la belleza y la pasión se van al caño junto con la ligereza de la juventud y sus innumerables virtudes: “Pasados los treinta años, los seres humanos se hunden en el horror.” (Gombrowicz, 1968a, p. 209). En *La seducción* –novela en la que el autor medita sobre su propio envejecimiento (Just, 2020, p. 18)–, se encuentran numerosos pasajes en los que el narrador, Gombrowicz, se queja de su propio estado:

Yo que ya estaba más allá de la hermosura, excluido de la centelleante red del encanto – yo que no encantaba, yo que nada ganaba, a quien la naturaleza miraba con indiferencia... ah sí, todavía era capaz de entusiasmo, pero también veía claro que mis entusiasmos ya no iban a entusiasmar a nadie... (Gombrowicz, 1968a, p. 155)

En contraposición a lo anterior, el autor polaco pide al lector que dirija su atención al joven, al “no-del-todo-hombre” (Gombrowicz, 1968b, p. 54), pues éste – aunque despreciado socialmente por su *inmadurez* – “no tiene la menor dificultad para encantar y ganarse al viejo, ya infectado por la muerte” (Gombrowicz, 1968a, p. 13).

Con relación a ello, es tiempo de introducir un concepto más. Si se hace una interpretación literal (textual) de *La seducción*, es posible comprender la *inmadurez* como ese período de la vida que va desde los catorce a los veinticuatro años (aunque en ocasiones puede extenderse hasta los treinta), en el que el ser humano carece de la experiencia suficiente para enfrentarse adecuadamente al mundo de los adultos (Just, 2020, p. 19). Los jóvenes, próximos a ese mundo y

sin embargo desprovistos de las habilidades que exige, sobresalen como *in-maduros*. Así se retrata su condición en *Ferdydurke*:

¡Oh, rozar aquel mundo elevado, adulto y no poder entrar, estar a un paso de la distinción, elegancia, sabiduría, dignidad, de los juicios maduros, del mutuo respeto, de la jerarquía, de los valores y no lamer esas golosinas sino a través del vidrio, no tener acceso a esos asuntos, ser secundario! (Gombrowicz, 1983, p. 20)

Además de lo anterior, la *inmadurez* –al igual que la *forma*– es expuesta por Gombrowicz con una multiplicidad de sentidos que, por cierto, crea confusión incluso entre los especialistas. Tal es el caso de Pratt (2015), quien habla en general de la *inmadurez* en estos términos: “Immaturity represents the not-Formed, an undefined counterweight to the force of Form”^{††} (Pratt, p. 14). Esto es un error debido a la ya mencionada multiplicidad de sentidos de este concepto. Para salvar el malentendido se exponen a continuación los tres tipos de *inmadurez* que Gombrowicz distingue en el prólogo a *La seducción* y que, posteriormente, en el capítulo final, servirán como fuente de importantes reflexiones y vínculos con la Psicología Analítica.

En primer lugar, está la *inmadurez artificial*, que es contradictoria con la propuesta de Pratt. Tiene lugar cuando un individuo es fabricado por su entorno y, como una veleta, se deja arrastrar ante cualquier influencia externa; justo lo que le ocurre al protagonista de *Ferdydurke*: “¿Cómo

^{††} Traducción propia: “La inmadurez representa lo no-Formado, un indefinido contrapeso a la fuerza de la Forma.”

hay que describir aquella persona *ferdyúrquica*? Creada por la forma, es creada desde el exterior, lo cual vale decir que es inauténtica, deformada.” (Gombrowicz, 1968a, p. 12). Como puede verse, es un sinsentido definir la *inmadurez* como lo contrario de la *forma*, pues aquella puede ser una manifestación de ésta.

A pesar de ello, los siguientes dos tipos de *inmadurez* sí pueden considerarse como lo contrario de la *madurez*, como se verá a continuación. En segundo lugar, se encuentra la *inmadurez innata*, a la que hace referencia Pratt y que el autor de *Ferdydurke* entiende como la verdadera naturaleza del individuo: “El elemento nuestro es la inmadurez eterna.” (Gombrowicz, 1983, p. 84). Ella está condenada al mutismo, pues permanece oculta tras la *persona*: “El supremo anhelo de *Ferdydurke* es encontrar la forma para la inmadurez. Pero esto es imposible.” (Gombrowicz, 1983, p. 263-264). Finalmente, se encuentra la *inmadurez cultural*, que corresponde a la condición social de los jóvenes mencionada atrás y que, como se verá más adelante, es en el fondo la condición de todos los seres humanos frente a las exigencias sociales:

La falta de madurez no siempre es innata o impuesta por los demás. Se da también una inmadurez a la que la cultura nos abalanza cuando su ola nos arrolla y no conseguimos elevarnos a su nivel. Toda forma “superior” nos pueriliza, (Gombrowicz, 1968a, p. 12)

Como consecuencia de todo lo anterior, es fácil comprender la relación entre la *madurez* y la *persona*. Más arriba se explicó que para Gombrowicz todos los seres humanos tienen la obligación inapelable de presentar una máscara ante la sociedad. Asimismo, que en la medida en que los jóvenes (inmaduros) se hacen adultos (maduros), el papel que tienen en la sociedad cobra

importancia. De este modo, si los jóvenes quieren ingresar al mundo de los adultos deben adaptarse a las exigencias de la sociedad y maquillar su inferioridad cultural para ser tomados en cuenta, es decir, están “obligados a ocultar su inmadurez.” (Gombrowicz, 1983, p. 262). Como puede verse, tal apariencia no es más que un engaño, una modificación de la *persona* en aras de mejorar las relaciones con el entorno: “Así, ya en la aurora de su juventud, el hombre se imbuye de la fraseología y de la mueca. En tal yunque se forja la madurez nuestra.” (Gombrowicz, 1983, p. 68). En síntesis: ¡es la *persona* lo que madura!

Para finalizar, es preciso decir que las relaciones entre la *madurez* y la *inmadurez* no se refieren sólo a la interacción entre individuos con diferentes niveles de desarrollo. Es más bien una disputa interna en la que pugnan dos fuerzas: la primera hace lo posible por conducir al individuo a las alturas del respeto, la dignidad y las buenas formas; mientras que la segunda lo arrastra hacia el cuerpo, lo mundano y la insuficiencia. Se presenta a continuación cómo se produce este conflicto y la solución que el autor polaco encuentra para él.

1.5 El conflicto y su solución:

Dentro del mundo literario de Gombrowicz, son los adultos los que imponen a la sociedad los ideas por los que ésta se debe regir: “La cultura es obra de los mayores” (Gombrowicz, 1968b, p. 51). No obstante, el autor considera que las exigencias culturales a las que se enfrenta él mismo son excesivas, pues suponen desamuradas cantidades de responsabilidad, seriedad, prudencia y, en fin, *madurez*. Por tal motivo, en medio del mundo de los adultos destaca al joven, al inmaduro, con el propósito de hacer frente a las demandas de la sociedad y, a su vez, con la esperanza de que ella se reconozca también en él:

¿Qué es lo que me lleva a destacar el papel específico y sumamente drástico de la juventud en mi vida (y en la de ustedes)? El que hay algo que no me satisface de la cultura. ¿Qué precisamente? Su excesividad. Es excesiva en su profundidad, en su dramatismo, su responsabilidad, agudeza, seriedad. La cultura nos supera. Hace falta un líquido que suavice su tensión, que la haga retroceder a nuestra condición humana hecha de ligereza; que nos ablande el mundo. Contemplemos el rostro del hombre culto contemporáneo: es demasiado categórico. Asustado por no saber aflojar sus tensiones. (Gombrowicz, 1968b, p. 54)

Asimismo, como se mostró anteriormente, la *inmadurez* es parte esencial de la naturaleza humana (*inmadurez innata*), y a pesar de que el adulto se haya desarrollado de acuerdo con las exigencias sociales de *madurez*, esta primigenia condición nunca llega a ser superada. Sin importar los esfuerzos del ser humano siempre será incompleto en su cultura, incompleto en su *madurez* (Gombrowicz, 1968b, p. 93). Con estas ideas el autor de *Ferdydurke* arremete contra la ilusoria vida adulta y expone su más íntimo estado:

Mientras fingís ser maduros vivís, en realidad, en un mundo bien distinto. Si no lográis juntar de algún modo más estrecho esos dos mundos, la cultura será siempre para vosotros un instrumento de engaño. (Gombrowicz, 1983, p. 262)

Y qué engaño. En oposición a las exigencias sociales, la *inmadurez*, como una profunda necesidad humana, encuentra el modo de manifestarse en toda su insuficiencia:

La persona, torturada por su máscara, se construye en secreto, para su uso privado, una especie de subcultura: un mundo hecho con los desperdicios del mundo cultural superior, un dominio de la ratería, de los mitos informes, de las pasiones inconfesadas... un secundario dominio de la compensación. Es allí donde nace una poesía vergonzosa, una cierta comprometedora hermosura. (Gombrowicz, 1968a, p. 12)

Ahora bien, lo anterior genera el siguiente interrogante: ¿es posible para el adulto reconciliar la madurez con la inmadurez? Todo parece indicar que, como lo menciona Pratt (2015), la *forma* y la *inmadurez*, incompatibles entre sí, se mantienen como dos fuerzas contradictorias en una batalla perpetua (p. 14). Algunos otros especialistas están de acuerdo con estas ideas y afirman que Gombrowicz no llega nunca a resolver este asunto (Just, 2020, p 35); sin embargo, como se demostrará a continuación, este postulado es erróneo, pues el escritor polaco formuló explícitamente la salida al problema desde su obra cumbre.

Si bien es imposible quitarse la máscara que la sociedad exige y expresarse en plena concordancia con la realidad interna como alguna vez lo deseó el protagonista de *Ferdydurke*, el individuo sí puede tener una mejor relación con su *persona* de tal modo que sea posible reconciliarla con la *inmadurez*. Para ello se requieren dos condiciones que se implican mutuamente: primero, dejar de identificarse con la imagen exterior y, segundo, reconocer la propia *inmadurez* en los tres sentidos anteriormente tratados. En lo que se refiere a la primera condición, el ser humano debe tomar distancia de su imagen pública y darse cuenta de que su apariencia no

es más que una fachada que tiene el propósito de establecer relaciones útiles con su entorno (*inmadurez artificial*). Gombrowicz proclama:

He aquí –ya llegó el tiempo, ya se puede empezar, ya sonó la hora en el reloj de los siglos– : *tratad de oponeros a la forma, liberaos de la forma*. Dejad de identificaros con lo que os define. Tratad de esquivaros de toda expresión vuestra. Desconfiad de vuestras opiniones. Tened cuidado de las fes vuestras y defendeos de vuestros sentimientos. Retiraos de lo que parecéis ser desde afuera y huid ante toda exteriorización, así como un pajarito ante la serpiente huye. (Gombrowicz, 1983, p. 83)

En este sentido, es necesario que el adulto reconozca que la *madurez* que ha alcanzado es tan sólo una de las tantas formas a la que puede adecuarse su *persona*, sin lograr serlo plenamente (*inmadurez cultural*). Tras ello, la segunda condición se sigue como una consecuencia de la primera: el distanciamiento respecto a la *madurez* le permite reconocer su insuficiencia frente a la larga lista de exigencias culturales a la que está sometido, es decir, le permiten tomar conciencia su propia *inmadurez*, que antes achacaba sólo a los jóvenes (*inmadurez innata*). De este modo, la *madurez* pierde la fuerza que antes la apoyaba, lo que permite al individuo salirse de molde en el que la sociedad lo ha encasillado y forjar una *persona* que refleje más adecuadamente su nuevo estado:

En vez de huir ante la *inmadurez* encerrándose herméticamente en los así llamados cenáculos, concebiría que el estilo, en verdad universal es sólo ese que, en convivencia con

seres de diferente condición social, edad, educación y desarrollo, lenta y paulatinamente crea. (Gombrowicz, 1983, p. 83)

Así pues, con miras a este fin, es tiempo de hacer referencia al doble sentido de la *forma* estudiado en este trabajo. Como se dijo atrás, el arte consiste tanto en el perfeccionamiento del estilo como en el perfeccionamiento de la *persona*. Una vez admitida la propia *inmadurez* (en todos sus sentidos), es preciso que a través del arte –como una práctica viviente y cotidiana (Gombrowicz, 1983, p. 80)– el adulto reforme su *persona* para que ésta pueda acercarse más a la expresión plena de su verdadera naturaleza:

Cuando logremos compenetrarnos bien con la idea de que nunca somos ni podemos ser auténticos, que todo lo que nos define –sean nuestros actos, pensamientos o sentimientos– no proviene directamente de nosotros, sino que es producto del choque entre nuestro yo y la realidad exterior, fruto de una constante adaptación, entonces, a lo mejor la cultura se nos volverá menos cargante. (Gombrowicz, 1983, p. 264)

Por otra parte, Gombrowicz –quien hace lo posible por escapar de las jerarquías culturales y rescatar los elementos olvidados por ella (Grzegorzcyk, 1996, p. 31)– muestra en su *Diario argentino* la coherencia de las ideas aquí tratadas con su vida cotidiana. Allí, por ejemplo, tras presentar algunas triviales cartas que intercambia con jóvenes latinoamericanos afirma que, a pesar de todo, le parecen más interesantes que las estilizadas cartas de los adultos; esta es una manera de mostrar la estrecha relación que en su *madurez* tiene con la *inmadurez*:

¡Lo veis! Veis ahora, vosotros, los mayores, cómo son más familiares mis relaciones con la juventud que con vosotros. Y cómo una carta como esta, en la que sin embargo nada hay de extraordinario, es para mí más importante que vuestras más rebuscadas epístolas... (Gombrowicz, 1968b, p. 158)

Finalmente, como puede verse, Gombrowicz sí que formula cómo es posible para el adulto la reconciliación entre la *madurez* y la *inmadurez*. En verdad, el propósito de este autor es invitar a sus lectores a conquistar su propia libertad a través de la oposición a las excesivas exigencias sociales, para que así algún día ellos puedan decir como él: “Soy yo y nadie más que yo quien debe designarme el papel que me corresponde.” (Gombrowicz, 1968b, p. 17)

1.6 La vigencia de Gombrowicz

Hoy en día, uno de los temas que resuena en el ámbito de la discusión sobre problemáticas sociales es el *adultocentrismo*. Este concepto hace referencia a las relaciones de poder asimétricas que hay entre individuos de diferentes edades, en la que los adultos mantienen una posición de superioridad frente a niños, adolescentes, jóvenes y adultos mayores. Debido a las limitaciones del presente trabajo, y a pesar de su importancia, no se tratará la exclusión social que sufren las personas mayores, pues su caso es notoriamente distinto al de las personas jóvenes. En lo que se refiere a estos últimos, la sociedad actual supone que:

Los adultos son el modelo ideal de persona, los adolescentes y jóvenes todavía no están preparados, por lo que aún no tienen el valor. (...) Los adultos gozan de privilegios por el

solo hecho de ser adultos, porque la sociedad y la cultura así lo han definido. (UNICEF, 2013, p. 18).

Según UNICEF (2013), el siglo pasado, en occidente, se caracterizó por la interpretación de la juventud como un período de crisis, transición y preparación de los individuos para la vida adulta. Sin embargo, no todas las sociedades tienen esta misma idea de la juventud; para algunas, lejos de ser sinónimo de inferioridad en virtud de un futuro reconocimiento, este período de la vida tiene que ver con el desarrollo de actividades e intereses propios. Las diferentes interpretaciones de esta etapa forjan determinadas relaciones entre los miembros de la comunidad que se instalan en la cultura, lo que provoca, en el caso de occidente, la idea de la insuficiencia de las generaciones jóvenes. A pesar de ello, nuevas interpretaciones sobre la juventud abren la posibilidad de construir relaciones más justas basadas en el mutuo respeto con independencia de la edad biológica (UNICEF, pp. 11-12).

Por otra parte, dentro de la literatura de Gombrowicz es evidente que en el fondo subyace el *adultocentrismo*. La exigencia de la *madurez* como el supremo valor social, la minimización de la juventud y sus intereses o la imposición de las ideas al resto de la sociedad por parte de los adultos: estas son algunas muestras de ello. Pero, como se mostró, el autor polaco se revela contra esta configuración social y le devuelve a la juventud su dignidad tradicionalmente usurpada. El deseo del escritor por reconocer el valor de los jóvenes en la sociedad y, al mismo tiempo, el rechazo de ella por admitir la importancia de estos queda consagrado en la siguiente paradoja: “Me parecía que la juventud es el valor más alto de la vida... Pero ese *valor* tiene una peculiaridad,

inventada sin duda por el diablo: en tanto que juventud, su valor no alcanza al nivel de ningún valor.” (Gombrowicz, 1968a, p. 10).

Así, pues, UNICEF (2013) también identifica tres claves esenciales para que el adulto promedio pueda establecer una mejor relación con personas jóvenes y este modo evitar la problemática antes mencionada. En primer lugar, los adultos deben asumir las propias limitaciones en torno al hacer y al saber; segundo, es necesario que reconozcan la participación de los jóvenes, adolescentes y niños en la sociedad como una oportunidad para que estos asuman responsabilidades y aporten al mejoramiento de la comunidad; tercero, deben aceptar que los derechos de estas personas no se ejercen en contra de los derechos de los adultos (UNICEF, p. 23). Cada uno de estos puntos, que se centran en una nueva interpretación de la juventud, es fundamental para erradicar con el *adultocentrismo*. Con relación a ello, el presente trabajo sostiene que la discusión promovida por Gombrowicz contribuye a la resolución de este conflicto y esto se demuestra a continuación.

Ciertamente, si un adulto reconcilia su *madurez* con su *inmadurez*, entonces reconoce el valor de la *inmadurez*; pues de otro modo no podría haber tal reconciliación. Ahora bien, si el adulto reconoce el valor de la *inmadurez*, entonces acepta que los jóvenes son importantes para la sociedad, a pesar de su insuficiencia cultural. Además, si esto sucede, entonces el adulto estará mejor dispuesto a admitir políticas que favorezcan los derechos y la participación de las personas jóvenes como las propuestas por UNICEF. Todo esto lleva a concluir que la reconciliación entre la *madurez* y la *inmadurez*, tal como la entiende Gombrowicz, favorece la superación de la problemática del *adultocentrismo*; aunque evidentemente para solucionar por completo este

conflicto es necesario plantear políticas sociales que reconozcan la importancia de este grupo para la humanidad.

2. Ideas centrales de la Psicología Analítica

“La mayor limitación del hombre es la persona:
es manifiesta en la vivencia ‘¡yo no soy *más que* esto!’.”

(Jung, 2002, p. 381)

Ahora bien, como es ya sabido, la Psicología Analítica es una de las ramas psicológicas más fecundas de la actualidad. Con innumerables organizaciones alrededor del mundo encargadas de estudiar sus teorías, darlas a conocer y tratar pacientes, esta propuesta se ha enraizado tanto en la sociedad que, como afirma Zander (2013) en el prólogo a *Tipos psicológicos*, mucho del vocabulario que Carl Gustav Jung empleó por primera vez allí, ahora hace parte del lenguaje corriente (Jung, p.1). Por tal razón, con el propósito de ofrecer más claridad sobre los asuntos tratados en el capítulo anterior y hacer una interpretación de ello desde la Psicología Analítica, se presentan a continuación algunas generalidades de ella relevantes para esta investigación

Pero antes de empezar es necesario hacer una claridad. Ciertamente, el pensamiento del psiquiatra suizo es bastante amplio y sus obras abarcan muy variadas problemáticas. Sin embargo, como lo menciona Ann Casement (2006), a pesar de que el psiquiatra suizo estudió las diferentes relaciones entre múltiples fenómenos psíquicos, en la mayoría de los casos no brindó una definición específica de estos últimos (p. 94); por ello, el abordaje de la obra de este fascinante investigador y de sus conceptos reviste una especial dificultad. Una vez mencionado esto, es posible iniciar esta exposición.

2.1 Yo y sí-mismo

En primer lugar, se encuentra el concepto del *yo* o *ego*, que, aunque no puede “ser exhaustivamente descrito” (Jung, 1997, p. 17), Jung lo define de la siguiente manera: “Ha de entenderse por ‘yo’ ese factor complejo al que se refieren todos los contenidos de consciencia.” (Jung, 1997, p.17). Esto quiere decir que la *consciencia* es una parte del *yo* y, por tanto, lo son también todos los contenidos de ella. Además, a pesar de que el *ego* es “un factor consciente por excelencia” (Jung, 1997, p. 19), se sustenta en una base *inconsciente*.

Jung entiende lo *inconsciente* como la sumatoria de todos aquellos elementos que no han alcanzado todavía el umbral de la consciencia (Jung, 1993, p. 16). Éste se divide en tres tipos: primero, contenidos temporalmente subliminales, que son accesibles por medio de la memoria; segundo, contenidos que no son voluntariamente reproducibles y que, sin embargo, irrumpen espontáneamente en la consciencia; y, tercero, “aquellos contenidos que *aún no* han irrumpido en la consciencia, o que nunca irrumpirán.” (Jung, 1997, p. 18)

Ahora bien, si se admite como premisa la existencia de un factor *inconsciente* en la psicología y, además, que éste tiene influencia en la vida del individuo, es evidente que la personalidad total del ser humano no coincide con el *yo*, quien “no es nunca más ni nunca menos que la consciencia en general.” (Jung, 1997, p. 19). Por esta razón, Jung denomina *sí-mismo* a esta personalidad total a la que el *ego* no puede aprehender completamente:

Como concepto empírico el sí-mismo denota el conjunto global de todos los fenómenos psíquicos en el ser humano, siendo la expresión de la unidad y totalidad de la personalidad global. Pero en la medida en que ésta, debido a su porcentaje inconsciente, no puede ser

consciente más que en parte, el concepto del sí-mismo sólo es empírico en potencia, por lo que en esa misma medida constituye únicamente un postulado. (Jung, 2013, p. 493)

Lo anterior tiene como consecuencia que el *ego* sea uno más que aquellos elementos que hacen parte del *sí-mismo*; lo que será relevante al final de este capítulo cuando se haga referencia al *proceso de individuación*.

2.2 Persona

Los antiguos romanos usaban el término *persona* para hacer referencia a la máscara que los actores usaban en el teatro; Jung rescata esa idea y alude con esta palabra a la máscara que el sujeto debe presentar ante la sociedad para cumplir con las exigencias de ésta (Alonso, 2004, p. 62). Los orígenes de la *persona* se remontan a la infancia, en la que los individuos son formados principalmente por sus padres y sus educadores, quienes tienen la responsabilidad de impartir los ideales de la cultura, lo que implica la represión de aquello que consideren contrario o poco adecuado. De este modo, “el niño tiene que tratar de dominar los impulsos interiores acuciantes (aunque aún no los comprende), así como las demandas del mundo exterior.” (Jung, 1995, p. 166). Luego de ello, cuando el infante se hace un adulto apto para vivir en sociedad, su manera de comportarse es, en general, avalada por aquellos que lo rodean, pues de otro modo sería condenado a la marginalidad. Esto conduce a que una multiplicidad de aspectos de sí sea reprimida o poco desarrollada, y de este modo abandonada en el olvido. En otras palabras, “la *persona* echa fuera de su campo de conciencia todos los elementos —emociones, rasgos del carácter, talentos, actitudes— juzgados inaceptables por las personas importantes de su entorno.” (Monbourquette, 1997, p. 39).

Ahora bien, para facilitar la comprensión de este asunto, se presenta a continuación una descripción muy clara que Jung brinda de este concepto:

La persona es un complicado sistema de relaciones entre la conciencia individual y la sociedad, adecuadamente caracterizable como una especie de máscara destinada por una parte a producir en los demás una determinada impresión y por otra a encubrir la verdadera naturaleza del individuo. (Jung, 2019, p. 91)

Además, hay que agregar que:

En el fondo, la persona no es algo ‘real’. Constituye un compromiso acerca de ‘lo que uno parece’. Uno asume un nombre, adquiere un título, representa una función, es esto o aquello. Lo cual, naturalmente, en cierto sentido es real, pero en relación con la individualidad del sujeto sólo como una realidad secundaria, una mera configuración de compromiso en que muchas veces participan aún más otros que uno. (Jung, 2019, p.50)

Por otra parte, el psiquiatra suizo (1986) denomina *espíritu de la época* al universo simbólico de los pareceres colectivos que pretende pasar por criterio supremo de verdad y, asimismo, genera tendencias e inclinaciones sentimentales (Jung, pp.8-9). En este sentido, cuando el *yo* tiene poco discernimiento, la *persona* que elabora es fuertemente influida por el exterior; esto conduce a la *persona* a encarnar el *espíritu de la época*, es decir, el conjunto de representaciones

construidas socialmente al modo de marcos de referencia que estructuran tanto el correcto pensar, como el correcto sentir y actuar; esto es, un adversario contra el que es casi imposible luchar:

Pensar de una manera diferente a como se piensa hoy en general tiene siempre un aire de ilegitimidad intempestiva, de aguafiestas; es, incluso, algo casi incorrecto, enfermizo y blasfematorio, que no deja de implicar graves peligros. (Jung, 1986, p.9)

Finalmente, el psiquiatra suizo afirma que mientras que los miembros de una sociedad son inducidos por la presión colectiva a desarrollar determinadas inclinaciones y comportamientos ‘correctos’, en directa contraparte, una esfera del *inconsciente* –denominada *sombra*– guarda todas aquellas tendencias rechazadas o desconocidas por cada uno.

2.3 Sombra

Como introducción a este tema es preciso aclarar que, como afirma Ann Casement (2006), es posible distinguir tres tipos de *sombra* en la Psicología Analítica: la *sombra personal*, la *sombra colectiva* y la *sombra arquetípica* (p.102); no obstante, para realizar una primera interpretación de la obra de Gombrowicz, basta con tratar sólo la *sombra personal* y, por tanto, esta investigación se restringirá a ella. Además, antes de comenzar, es preciso prestar atención a un concepto adicional: la *compensación*, que Jung entiende como el contrapeso que ejerce el *inconsciente* frente

a la actitud consciente, con el fin de mantener la “autorregulación del aparato psíquico^{‡‡}.” (Jung, 1985, p. 210). A pesar de ello, el autor advierte lo siguiente:

Cuanto más parcial sea la disposición consciente, más en contradicción estarán los contenidos que proceden del inconsciente, de modo que realmente puede hablarse de un verdadero contraste entre conciencia e inconsciente. (Jung, 1985, p.211)

Así pues, una vez mencionado lo anterior es posible abordar el tema de interés. El psiquiatra suizo define la *sombra* como:

La parte inferior de la personalidad. La suma de todas las disposiciones psíquicas personales y colectivas, que no son vividas a causa de su incompatibilidad con la forma de vida elegida conscientemente y se constituye en una personalidad parcial relativamente autónoma en el inconsciente con tendencias antagónicas. La sombra se comporta respecto a la conciencia como compensadora, su influencia, pues, puede ser tanto negativa como positiva. (Jung, 2002, p. 482)

^{‡‡} Tal regulación se hace generalmente mediante los *sueños*. Sin embargo, cuando el contraste es muy alto y la actitud consciente demasiado rígida, la compensación se vale de síntomas, estados afectivos u obsesivos, e incluso de enfermedades que exigen al sujeto hacer un cambio en sus actitudes y disposiciones conscientes.

En resumen, debido a la influencia externa, los aspectos que el individuo aparta de sí se almacenan en la *sombra* con el propósito de compensar la actitud consciente y mantener el equilibrio psíquico. Como puede verse, la relación entre ésta y la *persona* es muy estrecha: la sociedad es la causa de la *persona* que forman sus miembros, así como – por *compensación* – de la *sombra* de estos, cuya función es “representar el lado opuesto del *ego*” (Jung, 1995, p. 173).

Ahora bien, es del interés de esta investigación hacer referencia a cierta actitud usual del *ego* de identificarse con la *persona*. En seguida se abordará esto.

2.4 Identificación con la persona

La identificación con la *persona* tiene lugar cuando el *yo* pretende unificarse con su rol social y, como resultado, abandona a la *sombra* una gran parte de sí que no es adecuada para su imagen pública. “Esto no deja de ser una especie de autoeducación, pero demasiado arbitraria y violenta; en aras de una imagen ideal conforme a la cual el sujeto querría configurarse, debe sacrificarse demasiado de lo general humano.” (Jung, 2019, p. 49). Además, el autor agrega lo siguiente:

La identificación con el cargo o el título tiene hasta algo de seductor, por lo cual tantos seres humanos no son en general sino la dignidad que la sociedad les otorga. Sería en vano buscar tras esa cáscara una personalidad. En el vistoso envoltorio no se encontraría sino un lamentable hombrecillo. Por eso el cargo (o lo que fuera esa cáscara externa) resulta tan seductor: representa una compensación barata de las insuficiencias personales. (Jung, 2019, p. 35)

Así pues, una vez expuesto lo anterior surge la siguiente inquietud: ¿la identificación con la *persona* es algo perjudicial? Y si lo es, ¿cómo es posible salir de este estado?

Si se asume como premisa que todas las disposiciones psíquicas buscan manifestarse, es evidente que los elementos de la *sombra* –en tanto que parte fundamental de la psique– también lo hacen. Sin embargo, para el caso de los individuos que se identifican con su *persona*, el *ego*, por definición, reprime dichos elementos y, por tanto, no se exteriorizan por vías consciente; antes bien, el modo como se lleva a cabo corresponde a mecanismos enteramente inconscientes, tales como actos fallidos, proyecciones, chistes, sueños, etc. Además, ya que la *sombra* tiende a oponerse a la actitud consciente, en aquellos sujetos que se identifican con la *persona*, la *sombra* es totalmente contraria a ésta. Por lo tanto, los elementos indeseados o poco desarrollados de estos individuos, a pesar de ser rechazados, sobreviven y se manifiestan a expensas de los intereses de su imagen pública; con lo cual, “si el sujeto no reconoce su existencia, se volverán en contra de él, lo asustarán y le crearán serias dificultades de orden psicológico y social.” (Monbourquette, 1997, p. 13).

En aquellos sujetos que no creen ser más que la encantadora imagen que muestran al mundo exterior, su desdeñada *sombra* se hace hostil (Jung, 1995, p. 172) y se expresa a costa de los deseos de la consciencia. Además, vale la pena mencionar que la rebeldía de la *sombra* no es un problema nuevo; en su *Epístola a los Romanos* Pablo lo retrata así: “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.” (Reina Valera, 1969, Romanos 7:19-25).

He aquí, pues, las penas que sufren los sujetos que se identifican con su *persona*: dominados por el *espíritu de la época* y fascinados por una imagen exterior idílica, viven una doble

vida dominada por una *sombra* rebelde que satisface compulsivamente las necesidades que el *ego* no quiere asumir. En otras palabras, para aquellos sujetos que pretenden ser demasiado bondadosos, prudentes, inteligentes, responsables o maduros, no queda más que decir con Schiller: “¡Desgraciada de vos si se llegara a arrancar el manto de honor que vuestra hipocresía ha echado sobre el desenfrenado ardor de vuestros placeres secretos!” (Schiller, 1951, p. 120).

Todo lo anterior deja en claro la necesidad de romper la identificación con la *persona*^{§§}. Para lograr esto, el individuo debe primeramente asumir el reto de tomar consciencia de la propia *sombra* para que finalmente pueda conciliarse con ella.

2.5 ¿Cómo reconocer la propia sombra?

Debido a la evidente contradicción que hay entre la consciencia identificada con la *persona* y la *sombra*, es necesario prestar atención a las manifestaciones del *inconsciente* para reconocer aquello que el individuo ha rechazado de sí:

Pero a la larga aumenta la tensión de tal modo que los contenidos inconscientes refrenados se comunican, no obstante, con la consciencia y ello por medio de sueños y de imágenes que emergen libremente. Cuanto más parcial sea la disposición consciente, más en contradicción estarán los contenidos que proceden del inconsciente, de modo que realmente puede hablarse de un verdadero contraste entre consciencia e inconsciente.” (Jung, 1985, p. 211)

^{§§} Es preciso decir que se trata de romper con la identificación, mas no con la *persona*; pues para pertenecer a la sociedad hay que desempeñan sus roles a través de ella.

En este sentido, para tomar distancia de esta identificación, la discípula de Jung, Marie Von Franz (1995), recomienda analizar –con la mínima cantidad de prejuicios posible– la exteriorización de la *sombra* que se da en los sueños. Con ello el individuo puede comprobar, como una verdad amarga, lo que está mal en él mismo (Jung, 1995, p. 167):

Por medio de los sueños podemos entrar en conocimiento de los aspectos de nuestra personalidad que por diversas razones hemos preferido no contemplar muy de cerca. (...) Pero ¿qué podemos decir si nuestros propios sueños –juez interior de nuestro ser– nos reprochan? Ese es el momento en que el *ego* es cogido, y el resultado, por lo general, es un silencio embarazoso. (Jung, 1995, p. 168)

Por otro lado, llegados a este punto es útil hacer referencia a un concepto más: la *proyección*. Este concepto se refiere al fenómeno de percibir en el prójimo las emociones, cualidades y rasgos que el individuo ha rechazado de sí (Monbourquette, pp. 93-94); es decir, es observar “las propias tendencias inconscientes en otras personas” (Jung, 1995, p. 172). Por este motivo, otra manera de obtener información sobre los contenidos de la *sombra* es tomar consciencia de las *proyecciones* hechas sobre otras personas y así “el verdadero camino para acceder a la realidad huidiza de la sombra.” (Monbourquette, 1997, p. 91).

Ahora bien, hay que aclarar que las *proyecciones* no son hechas por el individuo intencionadamente; este fenómeno es, ante todo, un proceso *inconsciente*:

Normalmente el proyectante no es el sujeto consciente, sino el inconsciente. Por lo tanto, *uno no hace la proyección: la encuentra hecha*. El resultado de la proyección es un *aislamiento del sujeto* respecto del entorno, en cuanto que se establece con éste una relación no real sino ilusoria. Las proyecciones transforman el entorno en el propio pero desconocido rostro del sujeto. (Jung, 1997, p. 23-24).

Como puede verse, todo lo anterior muestra la indudable necesidad de integrar las propias *proyecciones*, pues, de otro modo, afectarán notablemente la vida ordinaria: “Cuantas más proyecciones se insertan entre el sujeto y el entorno, tanto más difícil resulta para el yo ver a través de sus ilusiones.” (Jung, 1997, p. 24). La Psicología Analítica ofrece diversos métodos para llevar a cabo tal integración; para conocer más sobre ello puede consultarse la obra de Jean Monbourquette *Reconciliarse con la sombra: el lado oscuro de la persona*.

Finalmente, es posible encarar una de las ideas fundamentales de la Psicología Analítica que resume todos los temas abordados en este capítulo: el *proceso de individuación*.

2.6 Proceso de individuación

Para comprender este importantísimo concepto hay que recordar lo que se dijo a lo largo de este capítulo. En primer lugar, el *yo* es una entidad exclusivamente consciente que, sin embargo, tiene un fundamento *inconsciente*. Por tal razón, la personalidad total del individuo no es el *ego* sino el *sí-mismo* –“el núcleo más íntimo de la psique” (Jung, 1995, p.196)–, pues en éste se encuentra tanto lo consciente como lo *inconsciente*. Por otro lado, la *persona* es la máscara que el individuo deber usar en sociedad con un doble propósito: primero, satisfacer las exigencias de ésta y, segundo, encubrir aquellos elementos de sí que son indeseados por los demás. Además, la

elaboración de dicha máscara trae como consecuencia el génesis de la *sombra*, entidad en la que se encuentran todos los elementos del *yo* que son o fueron rechazados socialmente. Para finalizar, la identificación con la *persona* es un padecimiento que hace vivir al *ego* un estado de tensión constante pues, a espaldas de la imagen ideal que quiere proyectar al exterior, su *sombra* se expresa en toda su desvergüenza.

Ahora bien, tales padecimientos provocados por la identificación con la *persona* no son sino los primeros llamados del *sí-mismo* a realizar el *proceso de individuación*, que “empieza gradualmente con una herida de la personalidad y el sufrimiento que la acompaña.” (Jung, 1995, p.166). Dicho proceso consiste en la toma de consciencia de los elementos de la *sombra*, con el propósito de realizar la “unidad individual” (Jung, 1997, p. 162). De este modo, “cuantos más y más importantes contenidos del inconsciente son asimilados por el *yo*, tanto más se aproxima éste al *sí-mismo*, aun cuando esta aproximación sólo pueda ser asintótica.” (Jung, 1997, p. 36). En este sentido, uno de los principales objetivos que tiene este proceso es la ruptura de la identificación del *yo* con la *persona*, con el fin de establecer un vínculo más estrecho con el *sí-mismo*: “(...) el objetivo de la individuación no es otro que liberar al *sí-mismo* de las falsas envolturas de la *persona*” (Jung, 1993, pp. 70-71). Como puede verse, la importancia del *sí-mismo* es indudable:

Individuación significa llegar a ser un ente singular, y, en cuanto entendemos por individualidad nuestra singularidad más íntima, última e incomparable, *llegar a ser sí-mismo*. De modo que ‘individuación’ podría traducirse también por ‘realización del sí-mismo’ o ‘realización de sí’. (Jung, 1993, p. 69).

Para finalizar esta parte, es necesario decir que lo tratado aquí corresponde sólo al primero de los varios pasos que se deben llevar a cabo para realizar el *proceso de individuación*, que implica, asimismo, tomar consciencia de otros contenidos del *inconsciente* además de la *sombra*. Tal como sucede en el primer caso, las diferentes etapas están repletas de diversos peligros que el *yo* debe superar para acercarse más a su realización individual. A pesar de ello, debido a los límites de esta investigación, conviene dejar la exposición hasta este punto. En el próximo capítulo se mostrará la estrecha relación que hay entre las ideas de la Psicología Analítica expuestas atrás con las del escritor polaco.

3. Interpretación junguiana de la madurez y la inmadurez

Luego de ver las dos primeras partes de este trabajo, el lector puede notar la interesante afinidad que hay entre las ideas de Witold Gombrowicz y las de Carl Gustav Jung. El objetivo de esta última parte del texto es aclarar dichas afinidades y mostrar que, después de todo, la problemática planteada y resuelta por el escritor polaco no es más que el inicio del *proceso de individuación* al que se refiere el psiquiatra suizo.

Para ello, en primer lugar, se analizará qué es la *madurez* y la *inmadurez* en términos junguianos; luego de esto, se responderá a la pregunta hecha en el primer capítulo desde la Psicología Analítica y, finalmente, se realizarán algunas reflexiones en torno a las consecuencias de todo ello.

Así pues, en lo que se refiere a la *persona* es notorio que ambos autores se refieren esencialmente al mismo fenómeno, aunque presenten algunas diferencias entre sí. Tanto

Gombrowicz como Jung conciben este concepto como aquella *máscara* útil para la relación entre los seres humanos que, a pesar de todo, provoca efectos adversos en quien la posee. Por otro lado, aunque el psiquiatra no usa una palabra específica para referirse a la disposición frente a la vida que tienen los adultos, su forma de entender la *persona* le permite captar lo que Gombrowicz entiende por *madurez*. Esto se justificará a continuación.

Como se dijo en el capítulo anterior, los inicios de la *persona* se producen, según el padre de la Psicología Analítica, por la necesidad del individuo de adaptarse a las exigencias de la sociedad, interiorizar sus valores y dominar sus propios impulsos. No obstante, a esto mismo se refiere Gombrowicz cuando habla de la *madurez*: si el joven –subordinado por su insuficiencia cultural– se rehúsa a ser relegado a los márgenes de la sociedad, debe maquillar su inferioridad, o sea, madurar su *persona*, en aras de mejorar sus relaciones con el mundo de los adultos y extraer de allí todos los favores posibles.

Como consecuencia de ello, el este tránsito entre la juventud y la adultez está marcado por la intención de expulsar la *inmadurez* de la vida consciente. Esta es la situación a la que se enfrenta el protagonista de *Ferdydurke*:

(...) el desarrollo se había cumplido, había llegado el momento del asesinato ineludible, el hombre debía matar al mozalbete, elevarse en los aires como mariposa, dejando el cadáver de la crisálida. Debía, pues, entrar en círculos adultos. (Gombrowicz, 1983, p. 17)

Así pues, como se dijo atrás, toda disposición anímica que el individuo reprime a causa de su incompatibilidad con la elección de vida consciente cae en lo que la Psicología Analítica

denomina *sombra*. Como se explicará más adelante, dentro de la literatura de Gombrowicz la *sombra* de los personajes adultos es su propia *inmadurez cultural e innata*.

Por un lado, se sabe que el conjunto de los elementos de la *sombra* posee lo contrario de aquello que se presenta en la actitud consciente. Además, la *inmadurez cultural e innata* es lo contrario de la *madurez*. Por otro lado, en el primer capítulo se mostró que en el mundo literario del escritor polaco, la sociedad impone la *madurez* como un mandato inquebrantable, lo que conduce a los adultos a apropiarse de una actitud consciente madura. Por lo tanto, se concluye necesariamente que dentro de la literatura de Gombrowicz la *inmadurez cultural e innata* hacen parte del conjunto de los elementos de la *sombra* de los adultos.

Asimismo, como ya se mencionó, la identificación con la *persona* trae terribles perjuicios. Tal es el caso de muchos de los personajes de Gombrowicz quienes, aunque intentan presentar una imagen madura, cometen –por *compensación*– actos inmaduros del todo reprochables por la sociedad. En este punto es importante recordar la siguiente cita:

La persona, torturada por su máscara, se construye en secreto, para su uso privado, una especie de subcultura: un mundo hecho con los desperdicios del mundo cultural superior, un dominio de la ratería, de los mitos informes, de las pasiones inconfesadas... un secundario dominio de la compensación. Es allí donde nace una poesía vergonzosa, una cierta comprometedora hermosura. (Gombrowicz, 1968a, p. 12)

Este es el caso, por ejemplo, de Fryderyk en *La seducción*. Este personaje, a pesar de que se muestra como alguien decente, culto y refinado, comete actos que van en contra de estos y otros

valores de la sociedad en la que vive: acerca a los jóvenes entre sí para su propia satisfacción erótica, planea y lleva a cabo la traición a Warclaw y, finalmente, convierte a esos mismos jóvenes en asesinos. Mientras se desarrollan estos acontecimientos, el narrador sugiere que Fryderyk es arrastrado con un impulso ajeno a él: “Todo era intencionado, aunque tal vez la intención no la comprendiera ni él mismo” (Gombrowicz, 1968a, p. 124).

Como se mencionó en el capítulo pasado, la sombra busca manifestarse a pesar de la actitud consciente por medio de la *compensación*: el contrapeso que ejerce el *inconsciente* frente a la actitud consciente, con el fin de mantener la “autorregulación del aparato psíquico” (Jung, 1985, p. 210). También se mencionó que cuando el contraste entre la vida consciente y la sombra es demasiado alto, la compensación hace uso de estados afectivos u obsesivos que exigen al sujeto hacer un cambio en sus actitudes y disposiciones conscientes. El análisis realizado aquí sugiere que este impulso que es retratado en los personajes del mundo literario de Gombrowicz no es otra cosa que la manifestación de la *sombra*, que corresponde con la compensación los instintos no integrados que demandan satisfacción.

Sobre este tema, vale la pena mencionar la descripción que hace Jung de los perjuicios del rechazo a la *sombra*:

Si las tendencias reprimidas de la sombra no fuesen más que malas, no habría problema alguno. Pero, de ordinario, la sombra es tan sólo mezquina, primitiva, inadecuada y molesta, y no absolutamente mala. Asimismo, contiene propiedades pueriles o primitivas que en cierto modo vivificarían y embellecerían la existencia humana; mas choca uno con las reglas tradicionales. El público culto -flor y nata de nuestra civilización actual- hállese

un tanto separado de sus raíces y en vías de perder su conexión con la tierra. (...) El hombre culto procura reprimir en sí mismo al hombre inferior, sin reparar que con ello le obliga a revelarse. (Jung, 1987, pp. 128-129).

En concordancia con lo anterior, la Psicología Analítica muestra que la *inmadurez* no es mala, sino sub-desarrollada a expensas de las reglas tradicionales dictadas por el *espíritu de la época* que tanta repercusión tiene sobre la vida pública.

Por otro lado, tal como se presentó en la primera parte del texto, la problemática planteada y resuelta por el escritor polaco fue la siguiente: ¿es posible para el adulto reconciliar la *madurez* con la *inmadurez*? Según las observaciones hechas en este capítulo, los términos empleados por Gombrowicz se pueden traducir a los trabajados por la Psicología Analítica, con lo cual la anterior pregunta queda expresada del siguiente modo: ¿es posible para el adulto reconciliar la *persona* con la *sombra*? Esta nueva forma de enfrentar el problema hace que sea más sencillo de resolver.

Anteriormente se dijo que el autor de *Ferdydurke* plantea tres medidas para que el adulto pueda resolver el conflicto tratado. Primero, reconocer que el desarrollo *personal* que se ha alcanzado no es –ni puede llegar a ser nunca– tan maduro como la sociedad lo exige. En segundo lugar, tomar distancia de su rol social como un individuo maduro y dirigir su atención a la *inmadurez innata*. Finalmente, forjar una persona que refleje mejor aquellos aspectos inmaduros que conoció de sí gracias a los pasos anteriores. Esto último se logra a partir de la práctica viviente y cotidiana del *arte* en la propia vida, con el objetivo de reformar su persona y lograr una expresión más acertada de su propia naturaleza.

Igualmente, aunque desde otro marco conceptual, Jung propone algo similar. Para que el individuo pueda reconciliar la *persona* con la *sombra* debe tomar conciencia de la propia *sombra* y, como consecuencia de ello, dejar de identificarse con la *persona*. Para tomar dicha conciencia el psiquiatra suizo dice que hay que prestar atención a las manifestaciones del *inconsciente* a través de los sueños y las *proyecciones*. De este modo, la ruptura del *yo* respecto a la *persona* se vuelve una consecuencia necesaria y, con ello, el principio del *proceso de individuación*.

En este sentido, el anterior razonamiento conduce a esta investigación a plantear una conclusión clara: desde la Psicología Analítica, la reconciliación entre la *madurez* y la *inmadurez*, tal como la entiende Gombrowicz en *Ferdydurke*, no es otra cosa que el inicio del *proceso de individuación*.

Ahora bien, vale la pena notar que, debido a que los autores usan marcos conceptuales distintos, su forma de abordar la problemática facilita la obtención de cierta riqueza argumentativa, de la cual es importante destacar lo siguiente. Como vimos, el motivo por el que Gombrowicz resalta al joven en su mundo literario es porque él representa exteriormente el conflicto interno al que están sometidos todos los seres humanos. El joven, con su *inmadurez cultural* se ve ante sus prójimos más desarrollados como un ser inferior. Sin embargo, este no es sólo su caso, pues todas las personas, sin importar su edad, sufren por la *inmadurez innata*, ya que toda forma superior las pueriliza (Gombrowicz, 1968a, p. 12).

Por otro lado, es de notar que el tratamiento que propone la Psicología Analítica, y el continuo estudio y reflexión al que está sometido hoy en día, permiten proponer metodologías sencillas de aplicar en la vida cotidiana. A través de diferentes medios pedagógicos, esta corriente

psicológica enseña a adaptar ciertas ideas elementales a la vida de cientos de personas para que así puedan desarrollar correctamente el *proceso de individuación*.

También allí se encuentra el interés de traducir el conflicto gombrowicziano a los términos de esta psicología. Como se mencionó anteriormente, a pesar de la riqueza del mundo literario de Gombrowicz, su pensamiento no está estructurado en forma argumentativa y su forma de presentar las ideas puede resultar poco clara para el lector desprevenido. Esto provoca que las posibles enseñanzas que se puedan extraer de su trabajo se pierdan en el camino. En contraste, desde sus inicios hasta hoy en día, la Psicología Analítica ha hecho un gran esfuerzo por ser clara y aplicable al gran público.

A su vez, una consecuencia de dicha traducción es facilitar la comprensión y solución de problemáticas actuales que se relacionan con aquella aborda por el escritor polaco. Este es el caso del *adultocentrismo*. A partir de la Psicología Analítica se entiende mejor la falta de *individuación* de aquellas personas pertenecientes a las sociedades altamente adultocéntricas; además, el abordaje desde esta corriente psicológica y su capacidad para llegar e influir al público general favorece la resolución de este tipo de conflicto. Por esta razón, traducir esta problemática a un lenguaje común facilita su comprensión, promueve su discusión y enriquece las posibles soluciones.

Por otro lado, como es de esperarse al tratar sobre temas tan elementales en la vida humana, el escritor polaco es consciente de que las deducciones de su trabajo no le parecen del todo, sino que las comparte con muchos otros pensadores:

Ni siquiera sé si mis puntos de vista son nuevos y originales; y eso no me preocupa porque no espero realizar descubrimientos, sino proyectar al exterior con la mayor energía posible todo un cúmulo de asuntos que, indudablemente, me hicieron sufrir mucho. Me cuido mucho de que mi voz no suene nunca como la de un ‘escritor’, ‘filósofo’, ‘poeta’, ‘intelectualista’, sino como la de una persona privada. (Gombrowicz, 1983, p. 265)

Es claro que Gombrowicz reconoce sus limitaciones para resolver el conflicto y, por ello, parece tener la esperanza de que en el futuro alguien pueda encararlo de una mejor manera:

Grandes descubrimientos se necesitan –poderosos golpes aplicados con mano débil y desnuda en la coraza dura de la Forma– una astucia sin par, gran honestidad de pensamiento y una inteligencia afilada hasta lo último, para que el hombre se salve de su rigidez exterior y logre reconciliar mejor el orden y el desorden, la forma y lo informe, la madurez y la inmadurez eterna y santa. (Gombrowicz 1983, p. 85)

No obstante, resulta una asombrosa paradoja que *Las relaciones entre el yo y el inconsciente* –obra que sirvió como la principal directriz para exponer el pensamiento de Jung en esta investigación– fue escrita en 1928, es decir, nueve años antes de la publicación original de *Ferdydurke*.

Y aquí viene una última reflexión. Como se mencionó en el primer capítulo, toda filosofía es un fracaso, pues usa conceptos aparentemente universales que, por su propia naturaleza, son incompletos y, por lo tanto, incapaces de captar la verdadera naturaleza de las cosas que buscan

explicar. Por otro lado, la literatura se erige como una fuente de gran riqueza, pues su objetivo no es explicar el mundo sino describir los multiformes conflictos humanos que se padecen dentro de él. La invaluable fertilidad de la literatura se encuentra en su poder para darle al lector experiencias tan completas como las vividas. En palabras de Simone de Beauvoir, la novela filosófica es “una auténtica aventura espiritual” (2009, p. 113); una aventura que, como la vida misma, es inaprehensible por cualquier descripción intelectual, como la presentada aquí.

Si bien es cierto que la Psicología Analítica intenta dar una explicación a algunos fenómenos y logra, con cierto grado de éxito, desembrollar los vaivenes de la vida humana; en definitiva, su trabajo es incompleto. En contraste, el propósito del trabajo de Witold Gombrowicz es otro: retratar el mundo desde sus padecimiento y más íntimas preocupaciones por lo humano. Es por esto que, aunque aquí se realizó una interpretación de las obras literarias del genio polaco, es importante advertir que dicha interpretación no suprime el valor de sus obras, pues ellas reflejan una verdad que se desvanece ante cualquier concepto.

4. Conclusiones

En el principio de esta investigación se mostraron las generalidades del pensamiento de Gombrowicz a través de dos de sus novelas principales: *Ferdydurke* y *La seducción*. Por medio del análisis de éstas se dio a conocer qué entiende el autor por *forma*, *madurez* e *inmadurez*, así como la manera en qué estos conceptos influyen en la vida cotidiana. Además, se planteó el interrogante sobre la reconciliación entre la *madurez* y la *inmadurez* y, contrario a las creencias de algunos especialistas, se demostró que el mismo autor resuelve este conflicto.

Sobre este tema vale la pena decir que no se refuta la necesidad de cierto grado de *madurez* en la sociedad; más bien, se reconoce la importancia de aquello inferior que hay en cada ser

humano, con el propósito de armonizarlo con su necesidad de vivir en sociedad y, además, con miras a defender los tipos de vida distinta de aquella que generalmente tienen los adultos.

Como consecuencia de lo anterior, se señaló que el concepto de *forma* es de gran utilidad para relacionar el arte con la vida cotidiana y, tal relación, le brinda al individuo la posibilidad de modificar su *persona* con el propósito de lograr una expresión más adecuada de su propia naturaleza.

Por otro lado, si bien es verdad que Witold Gombrowicz es un autor poco conocido en Colombia, se mostró la notable vigencia de su pensamiento. Ciertamente, la problemática planteada por el polaco enriquece en gran manera la discusión sobre el *adultocentrismo*, un asunto que preocupa a la sociedad hoy en día y que tiene múltiples consecuencias en la configuración de ésta, sobre todo para las personas jóvenes. A juicio de esta investigación, la preocupación actual por este tema es esperanzadora, ya que el imperante *espíritu de la época* parece cada día más interesado en darle un lugar a los niños, adolescentes y jóvenes.

Del mismo modo, el análisis realizado en el último capítulo indicó que los conceptos de *madurez* e *inmadurez* pueden ser traducidos a los términos de *persona* y *sombra* de la Psicología Analítica. Esto tiene una gran ventaja, pues, por un lado, a partir de ello se evidencia la solidez del pensamiento de Gombrowicz y, por el otro, lo lleva a terrenos más conocidos en la actualidad. Asimismo, es un mérito de esta investigación mostrar que la reconciliación entre la *madurez* y la *inmadurez* puede entenderse como el inicio del *proceso de individuación* planteado por Jung ya que, dentro de la literatura consultada, no se encontró reflexión alguna sobre estos asuntos.

Finalmente, queda por estudiar si Gombrowicz plantea también otras etapas del *proceso de individuación* en su literatura, así como también si sus ideas pueden ser examinadas desde otra

corriente de la psicología, como el Psicoanálisis, disciplina con la que parece tener varias afinidades. Sin embargo, estas cuestiones sólo pueden ser materia de investigaciones futuras.

Referencias Bibliográficas

- Alonso, J. C. (2004). La psicología analítica de Jung y sus aportes a la psicoterapia. *Universitas Psychologica*, Vol. 3 (1657-9267), pp. 55 - 70.
- Cardozo, C. (2016). *Witoldo y sus otros yo: Consideraciones acerca del sujeto textual y social en la novelística de Witold Gombrowicz*.
- De Beauvoir, S. (2009). *El existencialismo y la sabiduría de los pueblos*. Edhasa.
- Gombrowicz, W. (1968a). *La seducción*. Editorial Seix Barral.
- Gombrowicz, W. (1968b). *Diario argentino*. Sudamericana.
- Gombrowicz, W. (1983). *Ferdydurke*. Sudamericana.
- Gombrowicz, W. (1995). *Curso de filosofía en seis horas y cuarto*. Tusquets editores.
- Grzegorzczuk, M. (1996). Discursos desde el margen: Gombrowicz, Piglia y la estética del basurero. *Hispanamérica*, 25(73), 15–33.
- Hochman, N., Spólna, A., Estrada, R., Freixa, P., Pielacinska, N., Seniów, A., Panczak, M., Alzamora, A., Cardozo, C., Montoya, D., Fier, M., Naróg, A., Huerga, C., Gusmeroti, E., Castronuovo, E., López, L., Zabicka, K., Ghezzani, A., Bueno, M., & Domine, M. (2019). *Basta ya de obras inocentes: algo de lo que fue el II Congreso Internacional Witold Gombrowicz*. Heteónimos.

- Iriondo, M. (2007). Witold Gombrowicz. La inmadurez, la forma y otras consideraciones. *Enrahonar*, 38/39 (0211-402X), 69–88.
- Jastrzębski, J. (1971). Pojęcie “formy” u Gombrowicza. *Pamiętnik Literacki: Czasopismo Kwartalne Poświęcone Historii I Krytyce Literatury Polskiej*, 62/4, 69–96.
- Jung, C.G. (1997). *Aión: contribución a los simbolismos del sí-mismo*. Paidós.
- Jung, C. G. (1995). *El hombre y sus símbolos*. Paidós.
- Jung, C. G. (1993). *Las relaciones entre el yo y el inconsciente*. Paidós.
- Jung, C. G. (1986). *Los Complejos y el inconsciente*. Alianza Editorial.
- Jung, C. G. (1987). *Psicología y Religión*. Paidós.
- Jung, C. G. (2002). *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Grupo editorial Planeta.
- Jung, C. G. (1985). *Tipos psicológicos*. Editorial Sudamericana.
- Jung, C. G. (2013). *Obra completa. Volumen 6. Tipos psicológicos*. Editorial Trotta.
- Just, D. (2020). The Difficult Childhood of an Adult: Aging and Maturity in Witold Gombrowicz’s Pornografia. *Russian Literature*, 116, 17–39.
- Monbourquette, J. (1999). *Reconciliarse con la propia sombra: el lado oscuro de la persona*. Sal Terrae.
- Papadopoulos, R., Hauke, C., Stevens, A., Casement, A., Kast, V., Beebe, J., Colman, W., Samuels, A., Stein, M., Chodorow, J., Mattoon, M., Marlan, S., Main, R., & Gaillard, C. (2006). *The handbook of Jungian psychology: theory, practice and applications*. Routledge.

Pratt, D. (2015). Narrative and Form: Gombrowicz and the Narrative Conception of Personal Identity. *The Polish Review*, Vol. 60, No 2, pp 7-20

Reina Valera (1960) <https://www.biblegateway.com/passage/?search=Romanos%207%3A19-25&version=RVR1960>

Schiller, J. F. (1951) *María Estuardo, La doncella de Orleans, Guillermo Tell*. Aguilar.

UNICEF (2013). *Superando el adultocentrismo*.